

para explicar ni el origen de la representacion intelectual, ni su conformidad con los objetos. Es evidente que ningun hombre posee la intuicion de la naturaleza del *yo* individual, y mucho menos del ser absoluto que estos filósofos suponen como el *substratum* de todo lo que existe ó aparece. Sin esta intuicion, no les será posible explicar *à priori* la representacion de los objetos, ni tampoco la conformidad de estos con aquella. El hecho pues en que se quiere cimentar toda la filosofia, ó no existe, ó nos es desconocido; en ambos casos no puede servir para fundar un sistema.

Si este hecho existiese no se podria presentar á nuestro entendimiento por medio de una enunciaci6n á que llegásemos por raciocinio. Ha de ser mas bien visto que conocido; ó ha de ocupar el primer lugar ó ninguno. Si empezamos por raciocinar sin tomarle á él por fundamento, estribamos en lo aparente para llegar á lo verdadero; nos valemos de la ilusion para alcanzar la realidad. Asi resulta evidentemente del sistema de nuestros adversarios, que, ó la filosofia debe comenzar por la intuicion mas poderosa que imaginarse pueda, ó no le es dable adelantar un paso.

99. Las escuelas distinguían entre el principio de ser y el de conocer, *principium essendi et principium cognoscendi*; mas esta distincion no tiene cabida en el sistema filosófico que impugnamos; el ser se confunde con el conocer; lo que existe, existe porque se conoce, y solo existe en cuanto se conoce. Deducir la serie de los conocimientos es desenvolver la serie de la existencia. No hay ni siquiera dos movimientos paralelos, no hay mas que un movimiento; el *yo* es el universo, el universo es el *yo*; todo cuanto existe es un desarrollo del hecho primitivo, es el mismo hecho que se despliega ofreciendo diferentes

formas, extendiéndose como un océano infinito: su lugar es un espacio sin limites, su duracion la eternidad (VIII).

CAPÍTULO IX.

CONTINÚA EL EXÁMEN DEL SISTEMA DE LA IDENTIDAD UNIVERSAL.

100. Estos sistemas tan absurdos como funestos, y que bajo formas distintas y por diversos caminos van á parar al panteismo, encierran no obstante una verdad profunda, que desfigurada por vanas cavilaciones, se presenta como un abismo de tinieblas, cuando en sí es un rayo de vivísima luz.

El espíritu humano busca con el discurso lo mismo á que le impele un instinto intelectual: el modo de reducir la pluralidad á la unidad, de recoger, por decirlo así, la variedad infinita de las existencias en un punto del cual todas dimanen y en que se confundan. El entendimiento conoce que lo condicional ha de refundirse en lo incondicional, lo relativo en lo absoluto, lo finito en lo infinito, lo múltiple en lo uno. En esto convienen todas las religiones, todas las escuelas filosóficas. La proclamacion de esta verdad no pertenece á ninguna exclusivamente; se la encuentra en todos los países del mundo, en los tiempos primitivos, junto á la cuna de la humanidad. Tradicion bella, tradicion sublime, que conservada al través de todas las generaciones, entre el flujo y reflujo de los acontecimientos, nos presenta la idea de la divinidad presidiendo al origen y al destino del universo.

101. Si : la unidad buscada por los filósofos es la Divinidad misma , es la Divinidad cuya gloria anuncia el firmamento y cuya faz augusta nos aparece en lo interior de nuestra conciencia con resplandor inefable. Si : ella es la que ilumina y consuela al verdadero filósofo , y ciega y perturba al orgulloso sofista ; ella es la que el verdadero filósofo llama Dios , á quien acata y adora en el santuario de su alma , y la que el filósofo insensato apellida el *yo* con profanacion sacrilega ; ella es la que considerada con su personalidad , con su conciencia , con su inteligencia infinita , con su perfectísima libertad , es el cimiento y la cúpula de la religion ; ella es la que distinta del mundo le ha sacado de la nada , la que le conserva , le gobierna , le conduce por misteriosos senderos al destino señalado en sus decretos inmutables.

102. Hay pues unidad en el mundo ; hay unidad en la filosofía ; en esto convienen todos ; la diferencia está en que unos separan con muchísimo cuidado lo infinito de lo finito , la fuerza creatriz de la cosa creada , la unidad de la multiplicidad , manteniendo la comunicacion necesaria entre la libre voluntad del agente todopoderoso y las existencias finitas , entre la sabiduría de la soberana inteligencia y la ordenada marcha del universo ; mientras los otros tocados de una ceguera lamentable , confunden el efecto con la causa , lo finito con lo infinito , lo vario con lo uno ; y reproducen en la region de la filosofía el caos de los tiempos primitivos ; pero todo en dispersion , todo en confusion espantosa , sin esperanza de reunion ni de orden : la tierra de esos filósofos está vacía , las tinieblas yacen sobre la faz del abismo , mas no hay el espíritu de Dios llevado sobre las aguas para fecundar el caos y hacer que surjan de las sombras y de la muerte piélagos de vida y de luz.

Con los absurdos sistemas excogitados por la va-

nidad filosófica , nada se aclara ; con el sistema de la religion , que es al propio tiempo el de la sana filosofía y el de la humanidad entera , todo se explica ; el mundo de las inteligencias como el mundo de los cuerpos es para el espíritu humano un caos desde el momento que desecha la idea de Dios ; ponéla de nuevo , y el orden reaparece.

103. Los dos problemas capitales : ¿ de dónde nace la representacion intelectual ? ¿ de dónde su conformidad con los objetos ? tienen entre nosotros una explicacion muy sencilla. Nuestro entendimiento , aunque limitado , participa de la luz infinita : esta luz no es la que existe en el mismo Dios , es una semejanza comunicada á un ser creado á imágen del mismo Dios.

Con el auxilio de esta luz resplandecen los objetos á los ojos de nuestro espíritu ; ya sea que aquellos estén en comunicacion con este por medios que nos son desconocidos ; ya sea que la representacion nos haya sido dada directamente por Dios á la presencia de los objetos.

La conformidad de la representacion con la cosa representada , es un resultado de la veracidad divina. Un Dios infinitamente perfecto no puede complacerse en engañar á sus criaturas. Esta es la teoría de Descartes y Malebranche : pensadores eminentes que no sabian dar un paso en el orden intelectual sin dirigir una mirada al Autor de todas las luces , que no acertaban á escribir una página donde no pusiesen la palabra *Dios*.

104. Como veremos en su lugar , admitia Malebranche que el hombre lo ve todo en Dios mismo , aun en esta vida ; pero su sistema lejos de identificar el *yo* humano con el ser infinito , los distinguia cuidadosamente , no encontrando otro medio para sostener é iluminar al primero que acercarle y unirle al

segundo. Basta leer la obra inmortal del insigne metafísico para convencerse de que su sistema no era el de esa intuición primitiva, purísima, que es un acto despegado de todo empirismo, y que parece salir de las regiones de la individualidad, de esa intuición del hecho simple origen de todas las ideas y de todos los hechos, y en que, uno de los dogmas de nuestra religión, la visión beatífica, parece realizado sobre la tierra, en la región de la filosofía. Estas son pretensiones insensatas, que estaban muy lejos del ánimo y del sistema de Malebranche (IX).



CAPÍTULO X.

EL PROBLEMA DE LA REPRESENTACION. MÓNADAS DE LEIBNITZ.

105. La pretensión de encontrar una verdad real en que se funden todas las demás, es sumamente peligrosa, por mas que á primera vista parezca indiferente. El panteísmo ó la divinización del *yo*, dos sistemas que en el fondo coinciden, son una consecuencia que difícilmente se evita, si se quiere que toda la ciencia humana nazca de un hecho.

106. La verdad real, ó el hecho que serviría de base á toda ciencia, debiera ser percibido inmediatamente. Sin esta inmediación le faltaria el carácter de origen y cimiento de las demás verdades; pues que el medio con que le percibiríamos, tendria mas derecho que él al título de verdad primera. Si este hecho mediador fuese causa del otro, es evidente que este último no seria el primero; y si la anterioridad no se refiriese al orden de ser sino de conocer, entonces

resultarian las mismas dificultades que tenemos ahora para explicar la transición del sujeto al objeto, ó sea la legitimidad del medio que nos haria percibir el hecho primitivo.

Siendo necesaria la inmediación, la unión íntima de la inteligencia con el hecho conocido, claro es que como esta inmediación no la tiene el *yo* sino para sí mismo y para sus propios actos, el hecho buscado ha de ser el mismo *yo*. Lo que tenemos inmediatamente presente son los hechos de nuestra conciencia; por ellos nos ponemos en comunicación con lo que es distinto de nosotros mismos. En el caso pues de deberse encontrar un hecho primitivo origen de todos los demás, este hecho seria el mismo *yo*. En no admitiendo esta consecuencia, es necesario declarar inadmisibile la posibilidad de encontrar el hecho fuente de la ciencia trascendental. Hé aqui como las pretensiones filosóficas en apariencia mas inocentes conducen á resultados funestos.

107. Hay aqui un refugio bien débil por cierto, pero que es bastante especioso para que merezca ser examinado.

El hecho, origen científico de todos los demás, no es necesario que sea origen verdadero. Distinguiendo entre el principio de ser y el principio de conocer, parecen quedar salvadas todas las dificultades. Es absurdo, y además contrario al sentido comun, que el *yo* sea origen de todo lo que existe; pero no lo es que sea principio representativo de todo lo que se conoce y se puede conocer. La representación no es sinónima de causalidad. Las ideas representan y no causan los objetos representados. ¿Por qué pues no se podria admitir que existe un hecho representativo de todo lo que el humano entendimiento puede conocer? Es cierto que la percepción de este hecho ha de ser inmediata, que se le ha de suponer íntima-